

vivifican. Pálidos, enfermizos, tiemblan bajo las bóvedas, resbalan al ras de las paredes. A su resplandor son las imágenes cadáveres en pie. Vibraciones mortuorias llevan las plegarias de los fieles en sus cuchicheados ecos.

Los grupos enlutados que circulan por las calles de la ciudad triste, hacen alto en la iglesia antes de encaminarse al oratorio de Santa Ana de Auray, patrona de la Bretaña clásica, cuya fiesta se celebra estos días.

Peregrinos que llegan, no sólo de Bretaña, de Francia toda, acuden en disimulada procesión á aquel santuario. Más que peregrinación es la suya un recuento; mejor que religioso, resulta político el peregrinaje.

Santa Ana de Auray es santa reaccionaria y realista. Los vendeanos invocaban su nombre en la pelea. No había chuan que no llevara sobre el pecho su imagen. Tatuada sobre el corazón la llevaban algunos.

Como la santa era el ídolo de los bretones, los políticos contrarrevolucionarios la hicieron en 1793 estandarte para llevar fanáticos al matadero. Decíase á los ignorantes campesinos, por los clérigos de aquel en-

tonces, que Santa Ana vertía lágrimas de sangre en recuerdo á los prisioneros del Temple. Luego de decírsele los curas, y de creerlo ellos, se les echaba una bendición, se les ponía un fusil en las manos y, ¡hala!, ¡já matar azules!...

La contrarrevolución tenía sucursal de conspiraciones y banderín de enganche en Auray. De Auray salió en 1795 el ejército realista, mandado por Sombreuil y por Soulanges, por Talohuet y por D'Harvilly.

De Auray salieron, arrogantes, desafiantes, ofreciendo colocar á los santos en sus altares y á los Borbones en su trono. A Auray volvieron caídas las cabezas y los codos sujetos á la espalda. A Auray volvieron los supervivientes del desastre de Quiberon. En Auray, frente al santuario de la santa monárquica, los mató á fusilazos Hoche.

Hoy, que Francia ha sacudido el yugo clerical y el monárquico, los chuanes *hojalateros*, los supervivientes á ideas muertas ya para Francia, se reúnen en el santuario á maldecir de las ideas nuevas, á hacer un platónico alarde.

Los franceses republicanos miran pasar á los peregrinos y sonríen, encogiéndose

de hombros. Es una monomanía, un coqueteo inofensivo.

A los chuanes del presente no les hacen falta Hoches implacables. El pueblo francés los fusila con su indiferencia.

No los fusila, los aplasta con algo más terrible: ofreciéndoles, frente á la Francia vieja de los conventos, de los feudalismos, de la corona y de la sotana, que ellos pretenden revivir, la Francia nueva, industriosa y libre, independiente y trabajadora, llena de escuelas y de fábricas, pagando maestros con el dinero que antes daba á clérigos y reyes é iluminando con las enseñanzas de esos maestros los cerebros que antes idiotizaban los frailes con sus prédicas y los reyes con sus despotismos.

La Francia trabajadora y libre sigue su marcha hacia el progreso. Sigán la suya hacia el oratorio de Santa Ana de Auray esos peregrinos, entre los cuales no he visto una sola cara de joven.

Son la última espuma de una generación que desaparece sin dejar herederos.

De ahí que vistan luto.

Por ellos nadie ha de llevarlo.

Auray.



LUNA CLARA

De la marisma suben vahos salobres y calenturientos; dijéranse alentares de una lujuria insatisfecha. La marea baja pare charcos sobre la arena cenagosa.

La luna preside esta noche de Julio. Las partículas de su luz blanquean la atmósfera. El cielo es azul pálido; verde plata el bosque; batida nieve la espuma de las olas. Un viento mansurrón suspira entre cebadales y hierbas. Las copas de los árboles tiemblan suaves á las caricias de este viento.

El camino avanza como un río de oro entre dos bosques. Los gritos de las aves nocturnas suenan como alertas brujiles. A distancia aúllan roncamente los perros.

Despacio viene la carreta. No se la ve aún; se la oye chirriante y perezosa en las leja-

nías del bosque. Acompañamiento es el chirriar suyo de una canción bretona; quien la entona, mujer. Los ecos dulces de su voz suenan perezosos también, alargando las sílabas, languideciendo al final de la estrofa para rematarla con el inconcluíble ¡Jul... juy!... de los antepasados celtas.

Hay un momento en que el ¡Jul... ¡juy!... de la cantora y el chirrido de la carreta se confunden para ser en el espacio vibración lamentosa. Sigue á ella un silencio, y tornan las ruedas á chirriar y torna á su canto la hembra desconocida.

Traducido á mi lengua el cantar bretón, dice algo como esto:

Ven aquí, que te espero,
cariño mío;
ven, que ya en los sembrados
se granó el trigo.
Ven á coger
las espigas conmigo.
¡Cariño, ven!...

Los cansinos bueyes asoman en las lindes del bosque. Su piel brilla, esmaltada por los rayeares de la luna; sus cuernos, blancos y torcidos, se recortan gallardamente en la atmósfera limpia; sus pezuñas pisan

quedo la tierra; sus cuerpos ondulan con gandulona pesadez; sus grandes ojos dulces se entornan bajo el párpado blanquirrubio.

A su frente, con la aijada al hombro, va el boyero. Ancho sombrerote de paja con cintas de terciopelo ciñe su cabeza; el aire hincha su blusa; el polvo áureo del camino se hizo sandalia en sus pies desnudos.

La carreta desborda en hierba fresca, recién cortada á los prados vecinos; un olor amoroso se desprende de ella; un perfume nupcial. Acaso fué esta hierba lecho de amantes en la pradera, y aún transpira las caricias que recogió. Los tallos rebosantes caen sobre las ruedas como surtidores esmeralda; á cada vaivén tiemblan y se esparcen gentiles.

Encima de la hierba va la criatura que canta. Joven es; en crenchas bronceas cae por su nuca el despeinado moño; los claros ojos se alzan soñadores entre las pestañas; en la piel de su cara relucen las pecas como puntitos de oro; tiñeron jugos de cereza sus labios entreabiertos para cantar.

El alto seno bate poderoso contra la pañoleta; la cintura yérguese robusta; el amplio caderaje se dibuja entre un abrazo de

la hierba. Más vestido de hierba que de lienzos se esfuma en las semisombras el resto de su imagen.

Torna á cantar y torna el boyero la cabeza al oirla, y los bueyes pisan más silenciosos y los chírriares de la carreta son más apagados y más dulces.

La luna envuelve á la muchacha con las blancuras de su luz; el rocío desciende á la hierba con los átomos luminosos; ésta se convierte en sedería para recibir los húmedos besos de la noche.

Noche es de nupcias; noche de libres maridajes ante la Naturaleza inmortal. Virgen de esas nupcias, ahijada poética de la luna, parece la muchacha sobre el fresco montón de hierba.

Camino del templo, donde Baco preside coronado de pámpanos, la conducen los bueyes de melancólico mirar. En las puertas del templo aguardará su arribo el oficiante que debe enseñarle, frase á frase, la religión noble del amor.

Perezosos marchan los bueyes; lánguida chirría la carreta; mansurrón anda el viento.

Cariño mío,
ven, que ya en los sembrados
se granó el trigo.
Ven á coger
las espigas conmigo.
¡Cariño, ven!...

Y la carreta se pierde en un recodo del camino, y el ¡Ju!... ¡juy!... amoroso de los celtas suena á caricia por la atmósfera.

De la marisma suben vahos calenturientos. La luna alumbrá los árboles del bosque con suavidades de lámpara nupcial...

Ven á coger
las espigas conmigo.
¡Cariño, ven!...

Pluvigner.





EN LOS DOLMENS

A las claridades de la luna, son los dolmens, extendidos por la llanura de Karnac, un ejército de fantasmas. El astro pálido espiritualiza la piedra, dándole transparencias de gasa y desdibujos de ilusión.

Desde los límites del horizonte avanzan las moles en largas y espaciadas filas. Envuelto parece cada uno de los dolmens por la vestidura talar del druida; como cabelle-
ras flotan los musgos sobre sus remates; coronas teje la hiedra en torno de ellos. Los cuchicheos del aire suenan á oración; la luna es lámpara del templo; incienso el perfume de las campestres flores, que con las neblinas nocturnas se atomiza en la atmósfera.

El ara, guardada por un semicírculo de fantasmas de piedra, reluce tal que si fuera talla alabastrina. Ilusión de mis ojos es;

pero veo sobre las blancuras del ara lineamientos rojizos, rastros de sangre, que una y otra víctima dejaron entre los poros de la roca.

Por obra de esta ilusión, de estos lineamientos rojizos que la ilusión finge contra los barnices del ara, el inmenso escenario puéblase de humanas figuras. Diríase que los esqueletos guardados en el Museo de Karnac se cubrieron de carne y emprestaron almas á los espacios infinitos para volver á ser. Todo un pueblo, toda una raza desaparecida, surge de las entrañas armóricas y revive junto á los dolmens el culto de una religión muerta.

Arboles centenarios construyen con el enlace de sus ramas los muros del templo natural. Las ramas ascienden, se enorvan, se persiguen, se traban y se truecan en bóvedas de encaje. Lluvia luminosa son los rayeares de la luna al cernerse por ellas; lluvia pálida, propicia á las fábulas del en sueño.

La bóveda verde se abre en círculo sobre el ara; es un boquete que tiene por fondo el infinito; en su hueco flota la luna bajo un cacho de cielo azul.

Al pie de cada uno de los dolmens se mezcla una familia. En la piedra, toscamente labrada, está impresa su historia. En aquella piedra se rayaron los heroísmos del guerrero, los arrestos del mozo, las ilusiones de la virgen, las experiencias del anciano, los goces y las torturas de la maternidad, los abrazos siniestros de la muerte. El trozo de roca es todo para el humano grupo: crónica, relicario, cuna, antecámara nupcial, panteón, camino espiritual por donde suben las almas á oír el fallo de las divinidades...

Con recogida actitud aguardan las familias el momento del sacrificio: los viejos, acurrucados, caídas las cabezas, los mustios ojos puestos en la tierra que pronto debe reclamarlos; los jóvenes, en pie; los varones, apoyándose en el hacha de sílex; las hembras, haciendo velo de sus cabelleras sin trenzar. En rededor del ara, como sueltas flores de amor, aguardan las doncellas, las vírgenes, entonando un himno religioso. Cuatro mozos hercúleos arrastran á los pies del ara á la víctima. ¿Es hombre? ¿Es mujer? Poco importa. Para la divinidad, las víctimas no tienen sexo. Sólo el vapor de la

sangre derramada ha de subir hasta ella.

Un grupo de ancianos cruza á lo ancho la nave. De blanquísimas pieles es su vestimenta; los peinados vellones caen como hebras de seda hasta cubrir sus pies desnudos; sus cabellos blancos descienden por cima de los hombros; sus barbas albas se recuestan en las cinturas.

A su frente, coronado de hiedra, marcha el druida, erguido, dominador, majestuoso; sus cabellos le cubren la espalda con un manto de plata, las canas de su barba brillan como rayos de luna. Perdidos están sus ojos en las anchuras del espacio; sus labios se mueven para dialogar con los dioses; su mano diestra empuña el cuchillo sagrado. Todas las criaturas se encorvan ante él; las vírgenes cantan; los viejos corean con sus voces graves el canto de las vírgenes.

El druida llega frente al ara, se inclina sobre la víctima temblorosa y le apoya su mano siniestra en el corazón.

Los cantos cesan; un silencio augusto les sigue; el jadeo de la víctima escúchase distinto; distinto se oye el conjuro del sacerdote; su voz es de timbre extrahumano; su

lenguaje, incomprensible para la multitud. Súbito el druida se yergue; la hoja silexiana reluce en su diestra; un ¡ay! de muerte estremece el silencio, y la sangre chorrea sobre las blancuras del ara... La divinidad está satisfecha. El sacrificio la conservará propicia al pueblo sacrificador; y el pueblo prorrumpe en clamores, mientras el druida estudia las entrañas del moribundo y éste se retuerce en la convulsión última.

Sacrificio cruento, ofrecido á dioses implacables por los sacerdotes de una religión desaparecida, mi fantasía te evoca en las llanuras de Karnac, frente á los dolmens iluminados por las livideces de la luna.

El culto salvaje de un pueblo primitivo acaba de ofrecerse á mis ojos por obra de la imaginación.

Religión muerta ya, todas las religiones vivas maldicen tus horrores, tus incruentos sacrificios humanos, tu bárbaro concepto de una divinidad que necesitaba sangre de criaturas para satisfacerse, de un culto que se imponía á las conciencias á golpe de cuchillo.

Todas las religiones vivas maldicen de ti, y sin embargo, religión muerta, si tus drui-

das resucitaran, ¡cuán fácil les fuera contestar á los sacerdotes de las religiones que maldicen la suya!

A golpe de cuchillo imponían su dios á las conciencias de los hombres los druidas armóricos; sangre humana se ofrecía á los dioses; pero, ¿y las religiones positivas que á ésta sucedieron? ¿Y los sacerdotes de esas religiones? ¿No proclamaron y no hicieron igual? ¿No bañaron con sangre humana el altar de sus dioses? ¿No quisieron imprimir su fe en las conciencias á golpe de cuchillo?

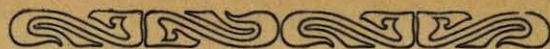
En el romano circo caían los cristianos por desacatar á los dioses gentiles de la Roma dogmática; en la hoguera y en la horca morían á centenares herejes y judíos por negarse á proclamar la católica religión; con arroyos de sangre impusieron el Korán los discípulos de Mahoma; con sangre trataron de imponerse Lutero y Calvino, Zuinglio y los Juanes de Hus y de Leyden... ¡Siempre la sangre, siempre! ¡Siempre el dios bárbaro á quien satisface el martirio!... ¡Siempre el terror para hacer rebaños de las humanidades!

Es lógico que ocurra siempre así. Mien-

tras la conciencia humana, libre y única para creer y determinar en cada individuo, quiera por otros individuos reglamentarse, ordenarse, moldearse con arreglo á los dibujos metafísicos de este ó del otro dogma, cambiará de forma el ara dolmenesca, cambiará el traje del druida; pero el cuchillo seguirá enhiesto y las víctimas sangrando en el altar.

Karnac.





MARCOFF

Sentado está, junto á una mesa de la taberna, frente á un jarro de vino.

En su piel curtida se arrugan setenta años de mar. Su barba es blanca y aborascada, como la espuma de las olas. Caída la boina hacia los ojos y la corta pipa entre los dientes, sigue con pupilas abstraídas el ir del humo en el espacio.

Ya es un casco viejo—como dice, en jerga marinera, cuando habla de sí propio—. Ya se acabó el marinear. Por supuesto—añade—, para marinear como marinean los nuevos, bien se está uno con las tres anclas en la roca.

Compañeros suyos de charla y jarreo son cuatro marinerotes, como él, viejos; como él, retirados por mandamiento de la edad; como él, borrachos, y como él, jugadores.

A él le llaman *el Corsario*.

No es el mote porque naciera en ocasión